El libro prestado


Burundi

23 de enero

Las sombras se proyectaron en el exterior de la pequeña choza en la parte norte de Burundi. Bénoit estaba sentado, apoyado contra la pared en la penumbra, y se preguntaba qué rumbo llevaba su vida. Su matrimonio, con una mujer que otro le había escogido, acababa de terminar, y estaba cansado: cansado de pelear, cansado de intentar, cansado de fracasar.

Sus padres habían muerto, dejándolo a cargo de sus hermanos y hermana menores. A menudo cuando tenía problemas iba a la taberna y se hundía en la bebida y el baile. Pero esta noche se sentía desvalido. Encendió el radio e hizo girar el botón selector para buscar un poco de música que lo distrajera.

Pero en lugar de eso encontró una estación de radio religiosa y se apoyó contra la pared para escuchar. En el pasado hubiera bailado al son de la música religiosa que tocan en la radio, pero esta noche no. Sentía un anhelo profundo de Dios y de paz.

Una nueva esperanza

En ese instante comenzaba un programa religioso y Bénoit lo medio escuchó. Las palabras del orador lo llenaron de una paz que el alcohol no lograba hacerlo. Repentinamente, en él se despertó hambre por escuchar más acerca de Dios. Dejó de asistir a los bares y comenzó a pasar su tiempo escuchando programas religiosos or su radio. Sin embargo, no sentía deseos de regresar a la iglesia, no después de la manera en que sus miembros lo habían tratado cuando su matrimonio fracasó.

Cierta tarde un amigo llegó a visitarlo, y ambos escucharon un sermón por el radio. El orador dijo algo sorprendente, y Bénoit le preguntó a su amigo:

—¿Es cierto esto? ¿O este hombre está contando un chiste de mal gusto?

—No es un chiste —le contestó su amigo—. Esas palabras fueron sacadas de la Biblia.

—¡La Biblia! —dijo Bénoit sorprendido—. ¿Has leído la Biblia? ¡Nuestro cura nos prohibió hacerlo, hasta nos prohibió tocarla!

Su amigo le respondió con calma:

—La Biblia es el mensaje de Dios para nosotros. Dios *quiere* que la leamos para que de esa nosotros sepamos lo que él espera de nosotros. ¿Quieres que te preste la mía? —le preguntó.

—Sí —le contestó Bénoit con un interés inusual.

La Biblia prestada

Su amigo le prestó su Biblia, y comenzó a leerla. No entendía mucho, pero encontró paz en sus páginas y alivio para sus problemas. Bénoit compró su propia Biblia para poder marcar los pasajes

que deseaba recordar. Al leer, encontró pasajes que eran diferentes de lo que había aprendido en su iglesia. Entonces decidió encontrar una iglesia que enseñara la Biblia como Dios la había escrito.

Visitó iglesia tras iglesia, en busca de la verdad, una iglesia que obedezca la Biblia únicamente. Entonces un viernes de noche escuchó un programa radial que desafiaba su concepto acerca de la voluntad de Dios. El orador explicó cómo el ser humano había cambiado el sábado de Dios por el domingo. Cuando comenzó a citar textos bíblicos, Bénoit tomó su Biblia y siguió la lectura. Cuando terminó el programa, estaba convencido de que Dios quería que guardara el sábado.

Bénoit supo que el programa radial estaba patrocinado por la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y decidió visitarla para ver si, en realidad, esa gente enseñaba las verdades bíblicas. Encontró una iglesia adventista cerca de su casa y la visitó la siguiente semana. Al escuchar el mensaje, Dios lo impresionó de que ésta era la iglesia que proclamaba las verdades divinas. Bénoit continuó asistiendo, y con el tiempo entregó su corazón a Dios y pidió ser bautizado.

Enfrenta el futuro

Pero Bénoit sintió los dolorosos dardos de Satanás en su vida. Sus hermanos, enojados por su decisión de convertirse en un adventista, trataron de envenenarlo. Pero Dios lo protegió. Varias veces apenas escapó de morir en accidentes automovilísticos, pero Dios lo salvó. Una vez, mientras estaba en el mercado, perdió una cantidad considerable de dinero. Devastado, oró a Dios, preguntándose qué debía hacer. Entonces escuchó una voz que proveía del altoparlante anunciando que una cantidad grande de dinero había sido encontrada. Se apresuró a ir a las oficinas para reportar su pérdida, aun describiendo los billetes que había perdido. El gerente del mercado le regresó el dinero, convencido de que era él el dueño.

—Cuando veo lo que Dios ha hecho en mi vida —dice Bénoit—, sé que está vivo y listo para ayudar a quienes confían en él.

Bénoit es uno de miles de adventistas que viven en Burundi. Pero muchos miles más aún necesitan escuchar el mensaje del amor de Dios. Parte de las ofrendas del decimotercer sábado ayudarán a construir un hospital en Bujumbura, la capital del país. A través del ministerio de la salud, muchos más también podrán tener la oportunidad de conocer a Jesús y aceptarlo como su Salvador. Nuestras ofrendas harán posible que muchos compañeros creyentes de este pequeño país compartan su fe y cosechen almas para el cielo.

El desafío

☛ La mayoría de los 123.000 adventistas de Burundi viven fuera de las ciudades. Es necesario alcanzar a la gente de las ciudades donde se encuentran los líderes políticos, gente de negocios, y educadores.

☛ La Iglesia Adventista tiene una pequeña clínica en Bujumbura, capital. La misma sirve a mucha gente y está ayudando a que las personas conozcan la obra de la Iglesia Adventista.

☛ Los planes recientes son reemplazar la clínica por un hospital. Parte de las ofrendas de este decimotercer sábado contribuirán a edificar la primera fase de este proyecto. Para más información sobre la obra médica en Burundi, vean el DVD de Misión Adventista.